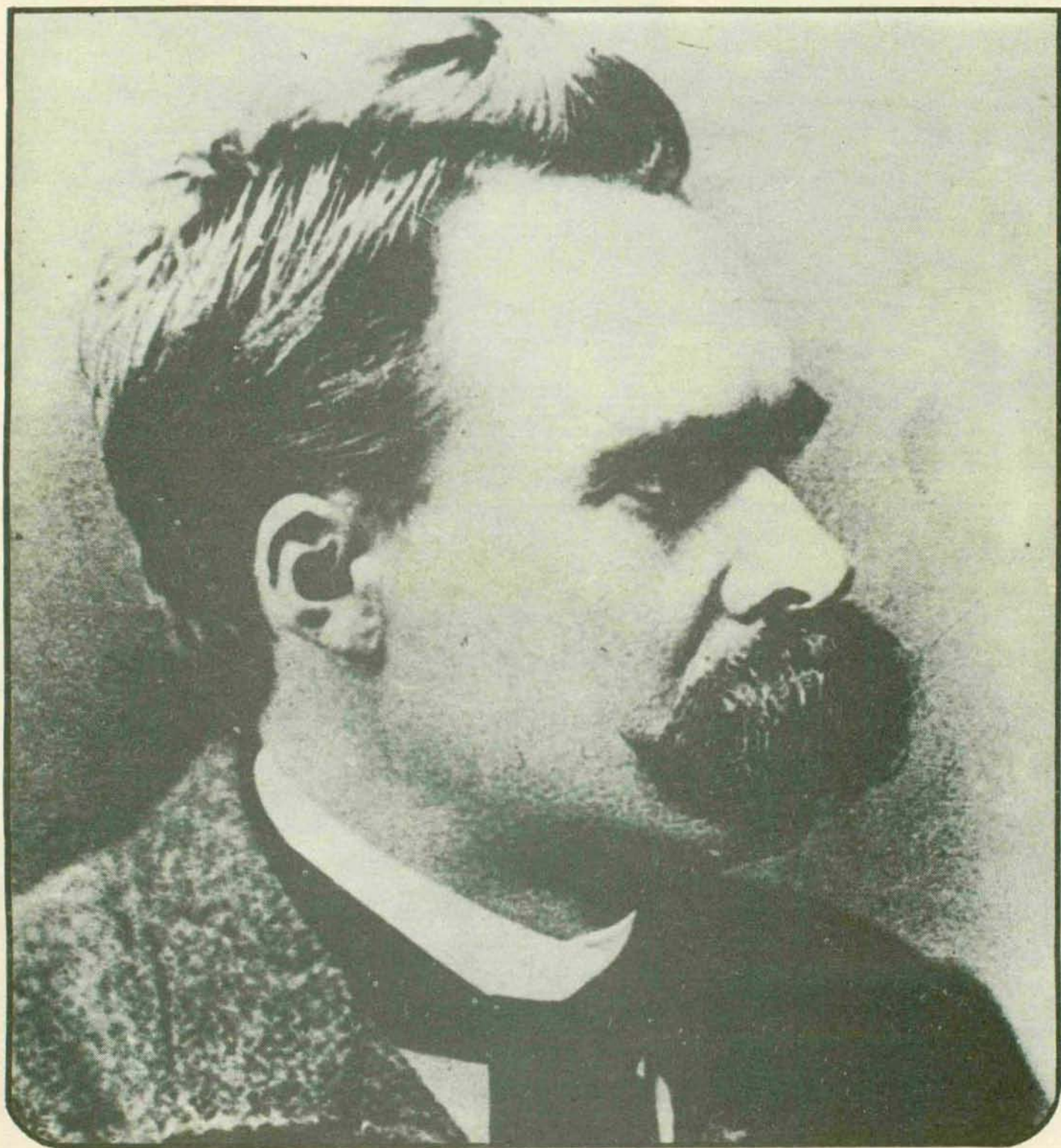


Nietzsche y las mujeres

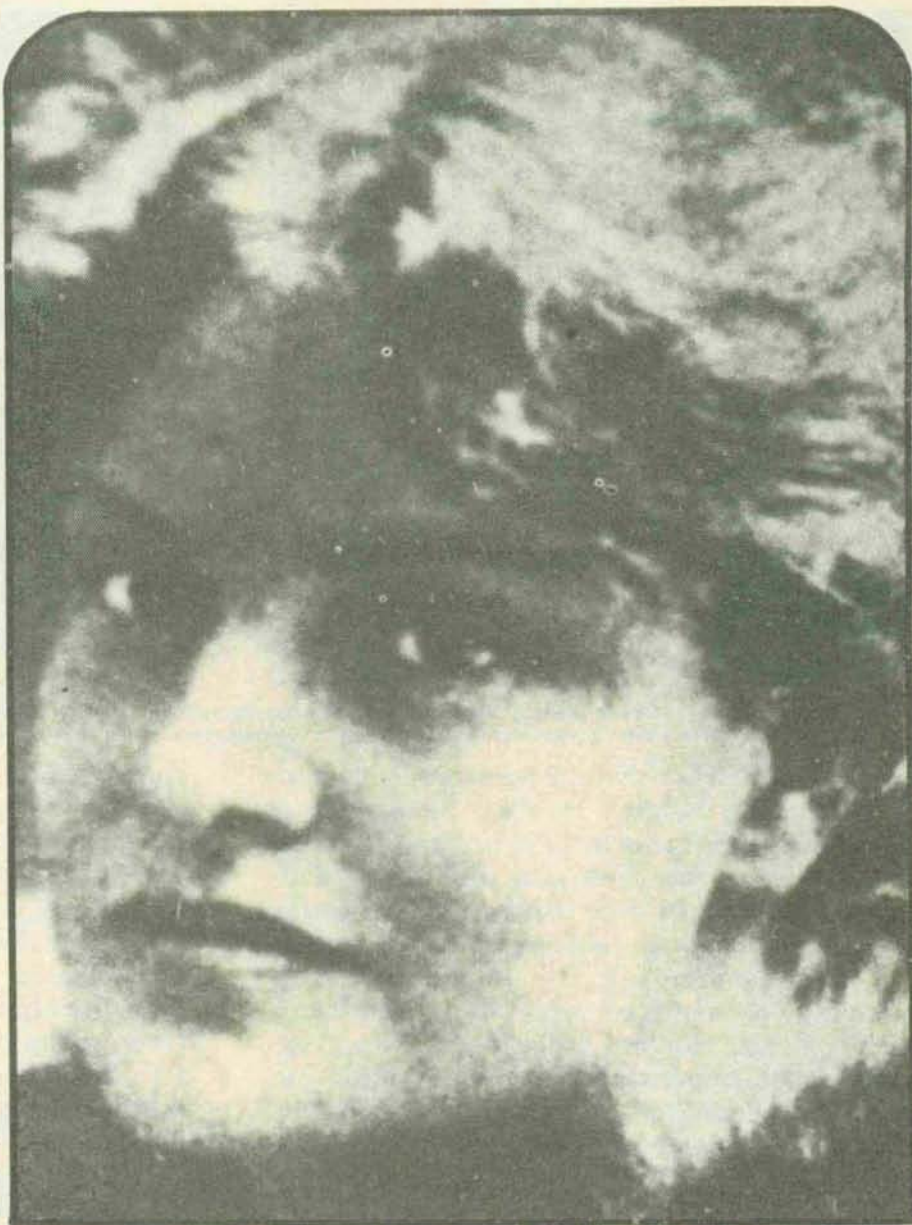
Javier García Sánchez

«La locura es haberlo perdido todo,
absolutamente todo,
menos la razón».

(Chesterton)



El conflictivo pensamiento de Friedrich Nietzsche se mostraría, a lo largo de su vida, particularmente ofensivo con las mujeres. El mundo caótico de Nietzsche y sus pasiones un tanto oscuras hasta el momento, han sido recientemente llevadas a la pantalla por la directora Liliana Cavani en la película «Más allá del Bien y del Mal», que viene a esclarecer en cierta medida el problema de las relaciones amorosas del gran filósofo alemán. La mujer constituyó una gran obsesión para Nietzsche, a diferencia de otros grandes pensadores que simplemente las ignoraron, y su feroz misoginia parece cobrar con el transcurso de los años visos de una frustración, angustia e irrealidad motivadas por algo que el filósofo jamás desveló.



La tragedia de Nietzsche fue, sin duda, la mujer. Sintió por las mujeres una pasión que, ante la imposibilidad de acceder a ellas, iba degenerando en desprecio y misoginia. (Lou Andreas-Salomé, auténtica pasión en la vida de Nietzsche).

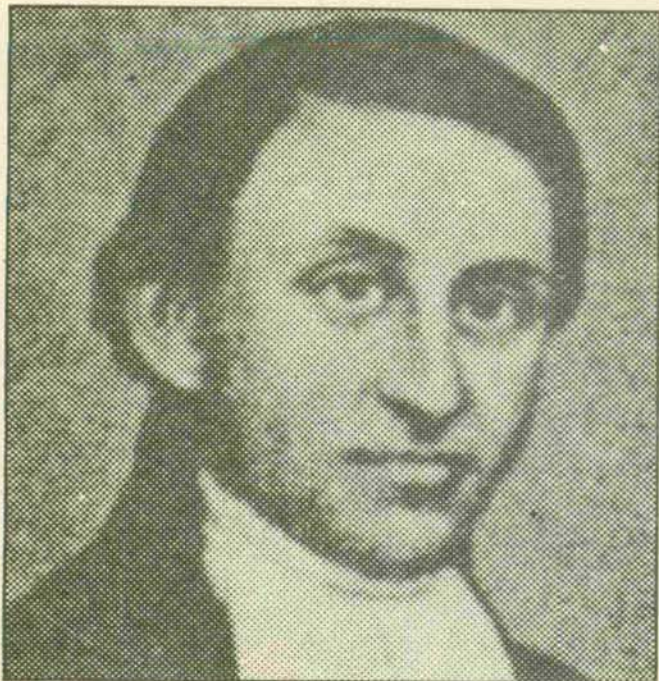
CON toda probabilidad, de entre la gran amalgama de filósofos, pensadores y literatos que han existido, Friedrich Nietzsche destaca ostentosamente. Proponerse decir algo nuevo sobre él puede ser un error, desde el momento en que, en el remoto caso en que eso no hubiera sido dicho ya con anterioridad, iba a ser empleado como arma por sus múltiples detractores por un lado, o por sus defensores, de otro. Quizás, periodísticamente hablando, esa sea la faceta prioritaria al estudiar la obra de Nietzsche o cualquiera de sus aspectos: la blasfemia continua a que el filósofo alemán sometía todo cuanto juzgaba.

Hoy, a los setenta y ocho años de su muerte acaecida en Weimar, la obra de Nietzsche se nos presenta más conflictiva que nunca, rica en su mensaje, visceralmente atormentada por una serie de consideraciones naturales y

sociales que el filósofo supo hábilmente sentir. Nietzsche precursor del fascismo. Nietzsche precursor del nazismo. Nietzsche inventor de paraísos libertarios o implacable verdugo del cristianismo. De lo que no cabe duda es de que su figura y nombre estuvieron siempre allí donde tenían lugar las más apasionadas polémicas culturales.

EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

Su vida fue también un bello cuadro realista que supo tentar a muchos historiadores de forma mágica; y quizás, uno tras otro, siguieron cayendo en el error de intentar juzgarla como un todo perfectamente cerrado y analizable, o bien por fases en las que Friedrich estuvo más o menos pasionalmente inmerso. Lo primero era una equivocación de entrada puesto que su obra se ha ido conociendo en



Tanto el padre como la madre eran gentes de buenas costumbres, religiosos hasta la medula, que, pedagógicamente, comenzaron a desgastar con sus mandatos y prohibiciones el carácter un tanto asustadizo del joven Nietzsche. (Carl y Franziska, padres de Nietzsche).

toda su dimensión con el transcurso de este siglo. Sus verdaderos escritos hace escasos años que comenzaron a ver la luz ya que antes, ahora puede aseverarse con toda seguridad, existían versiones más o menos trastocadas por las manos de su hermana y amigos adictos, o simplemente interpretaciones de conveniencia. En cuanto al segundo camino también encierra enormes dificultades para el estudio puesto que las fases anímicas por las que atravesó Nietzsche vinieron de forma tan escandalosa como escandalosamente se fueron.

Pero sobre todo, una serie especial de connotaciones subyace con fuerza a lo largo de toda su obra: el concepto de trascendencia a un tiempo futuro mejor; su pasión por la vida; su terror y desprecio por la debilidad de espíritu; su duda enorme ante todo aquello que se le escapaba de las manos, esa duda roedora que le hizo plantearse temas críticos de su tiempo, como la violencia (su carácter es violento, pero **odia** la violencia); el racismo (él era furibundamente antirracista, y su «desprecio por los débiles» le llevó a posiciones peligrosas), el socialismo, del que tan remiso se mostraba, pues intuyó la capacidad de la política para anular aquello que él más amaba: el individuo y su libertad. Como él mismo lo denominaba una libertad «jenseits von gut und Böse». Incluso más allá del Bien y del Mal.

Pero un aspecto de este genio creador y apabullante de la sinrazón sobre el que no se ha insistido lo suficiente fue el del amor. Este supuso, ciertamente, el gran vacío de su vida, la frustración emotiva de su intimidad que le llevaría a concebir obras como el mismo «Also

sprach Zarathustra». La influencia que determinadas mujeres dejaron sobre él fue, intelectualmente, positiva, aunque acabarían destrozando sin remedio su personalidad. Y a Nietzsche, por supuesto, se le acusó de misógino feroz. Lo era. Pero saber en qué condiciones obtuvo tal calificativo constituye un mundo trágico y apasionante a la vez.

La tragedia de Nietzsche fue, sin duda, la mujer. Sintió por las mujeres una pasión que, ante la imposibilidad de acceder a ellas, iba degenerando en desprecio y misoginia. La amarga soledad en que transcurrió su vida, de pensión en pensión, buscando con avidez la compañera que lo escuchara, acabó por ubicarlo ante la Historia como uno de los grandes enemigos de la mujer. Si lo fue o no, jamás lo sabremos. Sus escritos demuestran que sí, mientras que su vida demuestra lo contrario. Pero ambas facetas, su vida y su obra, recorrerían caminos paralelos y también las dos de una forma irremediable se verían abocadas a la locura. Como decíamos, el hecho de que los biógrafos de Nietzsche no insistieran demasiado en esta su épica relación con las mujeres, quizás sea debido a que existieron otros puntos de su vida de un interés más actualizable como, por ejemplo, su posición «política» en una fase crítica para el proletariado alemán, o su encarnizada pugna contra los dogmas cristianos. En este sentido cabría decir que los biógrafos de Nietzsche captaron su metáfora, su simbología abstracta, dejando obviada —y muchas veces erróneamente superada— su existencia real, su amargo y peregrino paso por la vida.

Friedrich Wilhelm Nietzsche nació el 15 de oc-

tubre de 1844 en Röcken, pequeña villa alemana de la región de Turingia. Su padre, Karl Ludwig Nietzsche y sus abuelos paterno y materno fueron pastores protestantes. Tanto el padre como la madre, Franziska Nietzsche, eran gente de buenas costumbres, religiosos hasta la médula, que, pedagógicamente, comenzaron a desgastar con sus mandatos y prohibiciones el carácter un tanto asustadizo del joven Nietzsche. La influencia de su madre, será una de las claves insuperables en la vida de Nietzsche. Sentirá por ella una dependencia casi patológica, y hasta el final de sus días procurará tenerla como refugio seguro ante los sinsabores que le va deparando la vida.

El padre morirá a los 36 años, cuando Federico contaba cinco. Era el año 1849 y unos meses más tarde la familia se traslada a Naumburgo, en La Seale, donde Friedrich cursará sus estudios primarios y secundarios. Ya en la escuela no logra adaptarse al ritmo vital de sus compañeros y sus correrías lógicas e inevitables. Su carácter comenzaba a ser taciturno y de una timidez exagerada, sobre todo en la relación con personas del sexo opuesto. Nietzsche era, por esta época, un niño muy religioso que cumplía sus obligaciones con gran interés y constancia. En ello se consideraba el guía espiritual de su hermana Elisabeth a la que,



Su hermana Elisabeth. mujer de extraordinaria belleza. supuso para Nietzsche un auténtico trauma afectivo y posiblemente sexual. (Elisabeth Förster Nietzsche, hermana de Friedrich: amiga, censora, confidente, ¿amante?...).

mediante consejos, intentaría encauzar constantemente. Es el año 1856, contando Friedrich con 12 años, cuando comienza a sufrir fuertes dolores de cabeza debidos a trastornos de la vista. Esta extraña enfermedad le perseguirá toda la vida, convirtiéndole en un verdadero sacrificio la lectura y la elaboración escrita de sus obras.

JUVENTUD MARGINAL

A los quince años entró en la escuela de Pforta. Su mejor amigo de aquella época, Paul Deussen, recordaría más tarde en un libro que la constitución física de Nietzsche no era precisamente de las predispuestas para los ejercicios gimnásticos.

En este punto de su vida entra en juego la



En su adolescencia le ocurrirá un hecho que va a dejarle una profunda huella. Solicita a un amigo la dirección de un restaurante y éste a modo de broma, le proporciona la de un burdel... (Nietzsche en 1861, con 17 años de edad).

labor de su hermana Elisabeth, mujer de extraordinaria belleza que, con toda probabilidad supuso para Friedrich un auténtico trauma afectivo y posiblemente sexual. Nacida en 1846, también en la Röcken Bei Lützen, Elisabeth fue durante la vida del filósofo su **única** amiga, confidente, compañera, y según fuentes cercanas a la familia, amante. No obstante, las relaciones incestuosas entre Nietzsche y Elisabeth siempre han resultado un tema oscuro y difícil, pues nunca hubo una auténtica labor de investigación al respecto. Lo que sí es cierto, es que Elisabeth Förster-Nietzsche falsificó cantidad de trabajos y ensayos de Nietzsche por motivos puramente comerciales e ideológicos. En algunos casos concretos, como el de su obra póstuma «Willen zur Macht» (La voluntad de poder), esta labor de Elisabeth llegaría a ser abusiva. También, en 1898, Elisabeth publicaría un volumen de Friedrich titulado «Poesías y sentencias» que incluía nueve secciones con numerosas falsificaciones. Les dio el título de «Canciones de Zarathustra». Posteriormente, en 1923, se alcanzaría la cumbre de las falsificaciones respecto a aquella obra, publicada por Musarion, mediante una edición facsimil de los manuscritos, pero falsificaba mediante retoques en el original, recortes de párrafos y diversos trucos fotográficos.

No es de extrañar que esta mujer, en el final de su vida, adherida ideológicamente al nazismo del III Reich, representara para Nietzsche una gran convulsión en sus relaciones con otras mujeres. El trato de ambos estuvo siempre dominado por una extraña y fuerte pasión.



En 1868 iba a producirse otro gran trauma amoroso y pasional en la vida de Nietzsche, conocería a Richard Wagner —de quien es fanático admirador— y a su joven y bella esposa, Cósima, la hija de Franz Listz. (Cósima Wagner: a ella le escribiría Nietzsche al final de sus días una carta firmada por Dionisios en que se leía: «ARIADNA, TE QUIERO»).

mutua mezcla de desprecio y celos. Celos sostenidos principalmente por Elisabeth cuando las relaciones de Friedrich con Lou Salomé tomaban visos de seriedad. Fernando Savater ha sabido plasmar de forma magistral esa enigmática relación: «¿Quién puede comprender la fascinación que Nietzsche sintió por Elisabeth, su aterrada atracción por esta Antígona a la que odiaba con desesperada dulzura, que fue para él la Mujer eterna, la insoslayable realidad de lo femenino?» (1).

En 1864 logra acabar sus estudios de Pforta y pasa a la Universidad de Bonn donde piensa cursar Filosofía clásica y Teología. Acompañado por su amigo Paul Deussen se inscribe en la Sociedad Estudiantil Franconia, en un vano intento de confraternizar con otros jóvenes de su edad. Vive en esta época profundamente amargado por el disgusto que le provoca a su madre tras confesarle que deja la Teología para ser filólogo. En febrero de 1865 en un viaje a Colonia, le ocurrirá un hecho que va a dejarle una profunda huella. Solicita a un amigo la dirección de un restaurante y éste, a modo de broma, le proporciona la de un burdel. Al día siguiente, le contará su odisea a Deussen explicando el horror que sintió al verse rodeado por aquellas ávidas, decadentes y supermaquilladas criaturas.

Es también en esta época cuando coge su afección sifilítica que, en gran parte, contribuirá a la locura y el sufrimiento de la última etapa de su vida. Esta enfermedad le aboca, cada vez con mayor intensidad, a la separación de las mujeres, con la única excepción de su hermana. Conoce a los grandes intelectuales de su tiempo, Ritschl, Erwin Rhode, Jakob Burkhardt, Franz Oberbeck y a su gran amigo Peter Gast. El apodo «Peter Gast (Pedro Huesped)» se debió al propio Nietzsche. Será Peter Gast quien colaboró con Elisabeth en la edición póstuma de «La voluntad de Poder», aunque privadamente reconoció que había intentos de «castrar» la obra de Nietzsche y guardó copia particular de los trozos tachados por la hermana. El vacío provocado, entre otras cosas, por la ausencia de vida sexual se va haciendo cada vez de más difícil superación.

Llegados a esta fecha de su vida son palpables las alusiones despectivas hacia la mujer. Ya en el prólogo de «Más allá del Bien y del Mal» cita una enigmática frase al respecto: «suponiendo que la verdad sea una mujer...». También en el prólogo de «La Gaya Ciencia» (1886) empleará Nietzsche la misma idea mujer-verdad, verdad-mentira. Este concepto quedaría sin esclarecer, al igual que el implícito en unos

(1) «Conocer a Nietzsche». Fernando Savater.



Lou (Lolja) von Salomé fue una de las mujeres más atractivas, solicitadas y admiradas de su tiempo. Poseía una gran inteligencia que pronto comenzó a poner al servicio de la sicología. (Lou Andreas-Salomé).

versos de Zarathustra, en el que Nietzsche compara a la mujer con la Sabiduría y la Verdad: «en última instancia es la verdad una mujer; no se le debe hacer violencia».

Nietzsche vive obsesionado por la idea del matrimonio, ese algo que para él jamás llega («También el concubinato ha sido corrompido: por el matrimonio»), cuestión esta que se acentúa al casarse la mayoría de sus amigos. La desconfianza hacia las mujeres se hace patente en las sentencias del filósofo: «Para todas las mujeres auténticas la ciencia va contra el pudor. Les parece como si de este modo se quisiera mirarlas bajo la piel—peor aún, bajo sus vestidos y adornos—... Cada uno de los sexos se engaña acerca del otro; esto hace que, en el fondo, se honren y amen sólo a sí mismos (o a su propio ideal, para expresarlo de forma más grata). Así, el varón quiere pacífica a la mujer, pero, cabalmente, la mujer es por esencia no pacífica, lo mismo que el gato, aunque se haya ejercitado muy bien en ofrecer una apariencia de paz... En la venganza y en el amor la mujer es más bárbara que el varón» (2).

MISOGINISMO METAIDEOLOGICO

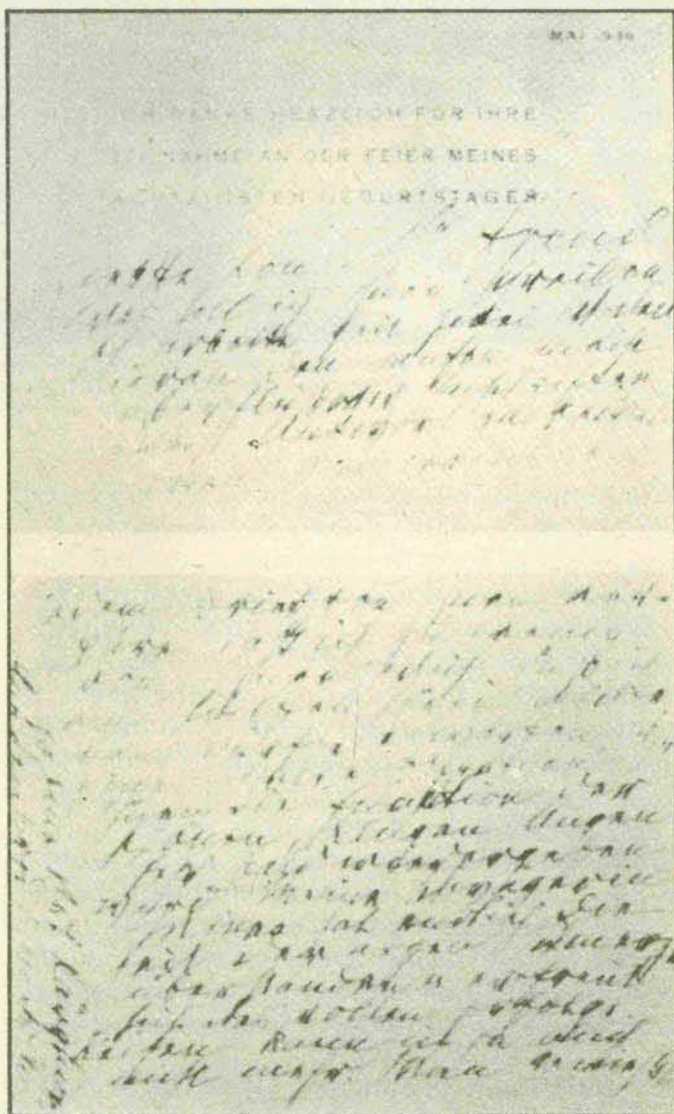
Existe un cierto y morboso gusto en Nietzsche por el problema de la «animalidad» en la mujer. Si al principio su esencia era felina, ya al final, en algunas estrofas de «Also Sprach Zarathustra» cobra forma de perro. Su obra se halla bañada de frases alusivas a tal problema: «Cuando una mujer tiene inclinaciones doctas, hay de ordinario en su sexualidad algo

(2) «Más allá del Bien y del Mal». F. Nietzsche.

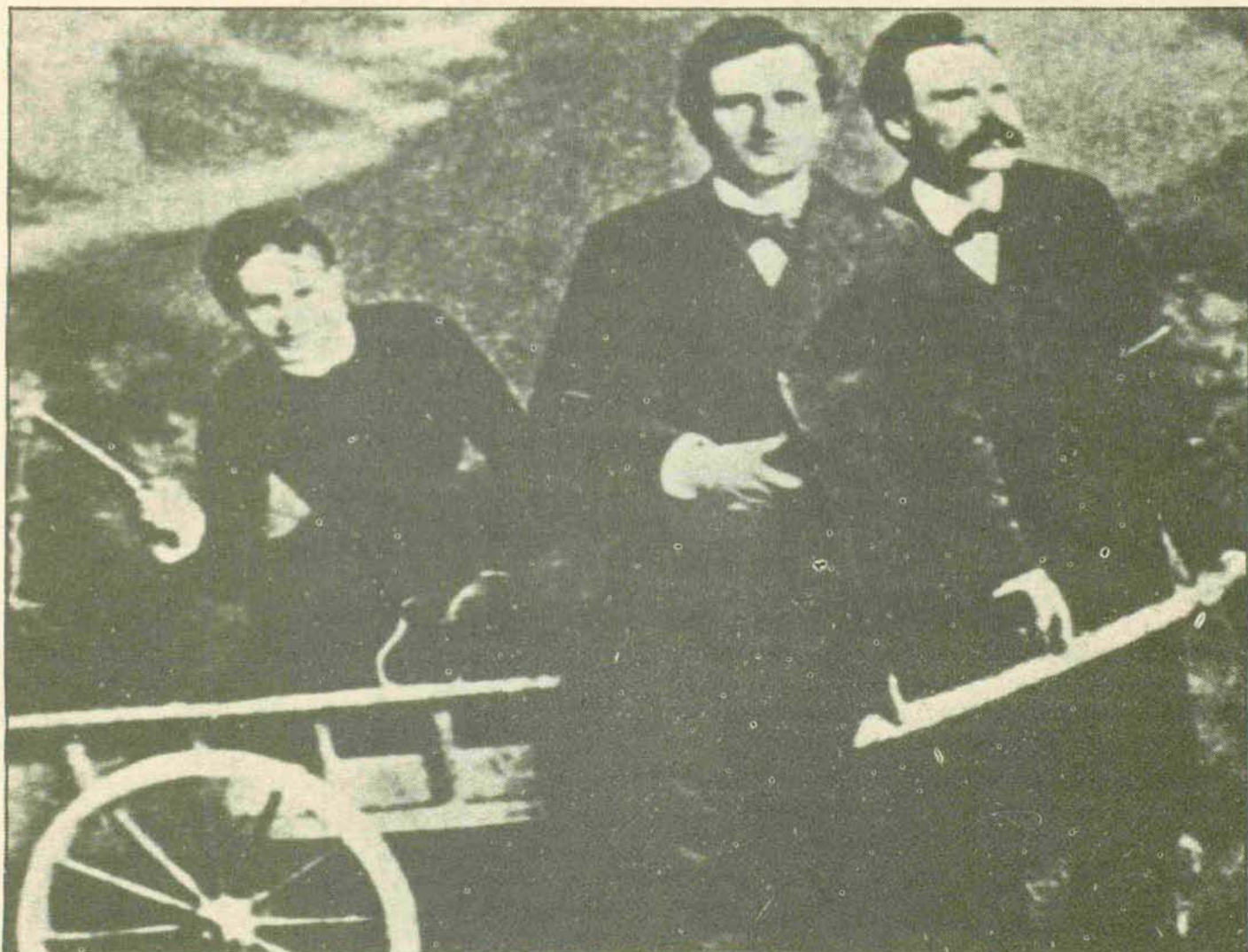
que no marcha bien. La esterilidad predispone ya para una cierta masculinidad del gusto; el varón es, en efecto, dicho sea con permiso, el animal estéril... Comparando en conjunto el varón y la mujer es licito decir: la mujer no poseería el genio del adorno si no tuviera el instinto del papel secundario...».

De ser un problema puramente metafísico la mujer pasa, en Nietzsche, a convertirse en motivo personal, en su cadena real, en el lastre de su cotidianeidad. «Inducir al prójimo a que se forme una buena opinión de nosotros y, a continuación, creer crédulamente en esa opinión: ¿Quién iguala a las mujeres en esa obra de arte?... La estupidez en la cocina; la mujer como cocinera, ¡el horroroso descuido con que se prepara el alimento de la familia y del dueño de la casa! La mujer no comprende lo que significa la comida, ¡y quiere ser cocinera!...» (3).

(3) «Más allá del Bien y del Mal».



Última carta de Freud a Lou Andreas-Salomé, fechada en Viena, en mayo de 1936. Ambos comenzaron su correspondencia cuando ella contaba 51 años y él 56. Detrás quedaban 24 años de diálogos e investigaciones. En ininidad de ocasiones, Lou, le plantearía a Freud el caso de Nietzsche.



Ambos hombres, Paul Rée y Nietzsche, se enamorarían de Lou, lo que acabó poniendo en peligro su amistad. Lou se sintió atraída por ambos a un tiempo, y con 19 años, había superado todos los traumas burgueses respecto al amor y la sexualidad. (Lou Andreas-Salomé en compañía de Paul Rée y Nietzsche, Lou lleva un látigo en su mano derecha...).

Como puede comprobarse la faceta misógina de Nietzsche cobra unos visos de claridad y exageración pocas veces vistos hasta la fecha, y posiblemente nunca vueltos a repetir. Quizás todo este problema habría que replantearse desde un principio, desde la misma genealogía práctica de la vida de Nietzsche, desde la óptica de su único trato afectivo con prostitutas y mujeres de vida fácil (¿fácil?) para las que constituía una verdadera diversión burlarse del intelectual enfermizo, tímido y con jaquecas propias de un viejo. Con toda probabilidad existió un mucho de impotencia sexual en Nietzsche que sólo se logra intuir en citas esporádicas que ni el disimulo ha podido ocultar: «El bajo vientre es el motivo de que al hombre no le resulte fácil tenerse por un dios».

En 1868 iba a producirse otro gran trauma amoroso y pasional en su vida. Conoce a Ricardo Wagner —de quien es un fanático admirador— y a su joven y bella esposa, Cosima Wagner, hija del pianista Franz List y la Con-

desa Marie D'Agoult (para la historia de la literatura Daniel Stern). Será la turbia pasión que le lleva hacia Cosima una de las causas por las que termina, al menos de manera formal, su amistad con la familia Wagner. En 1888, a punto de recaer definitivamente en la enfermedad, escribirá a Cosima Wagner bajo la firma de Dionisios: «Ariadna, te quiero». Los últimos años relativamente cuerdos los pasará recorriendo Europa, viajando a Riva, Génova, Sicilia, Niza, Turín, Roma y varias ciudades de Austria y Alemania, viviendo de forma austera en pensiones y hoteluchos, supliendo su actividad amorosa por esporádicas incursiones en burdeles y tugurios.

LOS MOVIMIENTOS DE EMANCIPACION FEMENINA

Indudablemente Nietzsche ha sido a lo largo de todo este siglo el blanco de los movimientos feministas más radicales. Unas veces las críticas no han carecido del justo rigor científico, pero otras resultaron como productos desca-

rados de una subjetividad sin límites. Simone de Beauvoir sería una de las primeras feministas que denunciaría el misoginismo de Nietzsche (4). Aunque sin cebarse en él daría pie a opiniones contrarias al filósofo, prestas a ser interpretadas —como todo lo referente al agresivo pensador de Turingia— de las formas más fanáticas e inverosímiles. Un caso concreto de esto podría ser el trabajo de la escritora española Lidia Falcón «De Nietzsche a Auschwitz», en el que, tras la extracción de cuatro o cinco frases significativas, tan recordadas como erróneas, se nos intenta mostrar a Nietzsche como el precursor directo de la barbarie nazi (5). Todo ello en base a que Hitler resultó ser un profundo admirador del pensamiento nietzschiano, aunque también lo fue de la música de Beethoven y Wagner, y no por ello se les consideró nazis. Realmente Friedrich y el Führer, en común, sólo tuvieron la sífilis. Por ello muchas de estas críticas debieran haberse pensado dos veces antes de intentar vendernos un Nietzsche apocalíptico y monstruo-

(4) «El segundo sexo», Simone de Beauvoir.

(5) «Mujer y sociedad» (de Nietzsche a Auschwitz). Lidia Falcón.

so. Sobre todo debiera haberse planteado —y eso no se hace sino en base a toda su obra— que Nietzsche fue el más ardiente defensor de la libertad individual, el enemigo mortal del Estado, el eterno contrincante del racismo y del grandilocuente militarismo germano.

También, paradójicamente, el filósofo alemán se empeñaba en dirigir su feroz crítica contra el extendido **machismo** de la cultura y la sociedad de su época. Si algo no soportaba en las mujeres era su debilidad para encauzar su propia condición de seres marginados. En repetidas ocasiones demostró una secreta y velada veneración por las mujeres inteligentes e incluso, en sentido ideológico, precursoras del feminismo moderno, como sería el caso de Lou-Salomé. Después, las dramáticas circunstancias personales se mezclarían en sus planteamientos racionales desbordando la realidad a toda lógica coherente.

En las páginas de «Más allá del Bien y del Mal», es donde se encuentran las frases más duras hacia el problema de la emancipación de la mujer. Paralelamente en su vida privada los reveses amorosos que sufre Nietzsche son cada vez mayores y más castrantes; estos le



También, esta increíble mujer, que escribió una veintena de libros así como novelas, cuentos, teatro, artículos y ensayos, mantendría un largo y extraño romance con el poeta Rainer M. Rilke, a quien quiso de forma platónica hasta el momento de la muerte de éste. (Lou Andreas-Salomé, a la derecha de la foto, apoyada en la baranda, y Rilke, a la izquierda, en segundo plano, durante unas vacaciones en Wolfratshausen, en 1897, en compañía del matrimonio von Bülov).

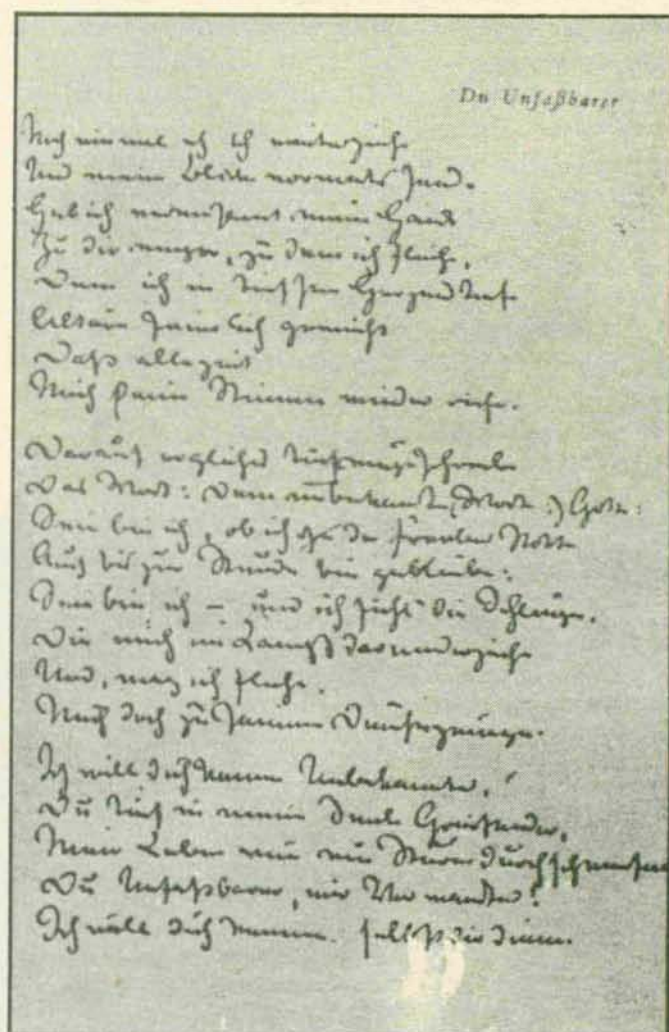
impulsarán a escribir: «Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los hombres como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo más fino, más salvaje, más prodigioso, más dulce y lleno de alma; como algo que hay que encarcelar para que no se escape volando... En cuanto a la «emancipación de la mujer» en la medida en que es pedida y promovida por las mujeres mismas (y no sólo por cretinos masculinos), resulta ser de ese modo un síntoma notabilísimo de la debilitación y el embotamiento crecientes de los más femeninos de todos los instintos. Hay **estupidez** en ese movimiento; una estupidez casi masculina, de la cual una mujer bien constituida —que es siempre una mujer inteligente— tendría que avergonzarse de raíz...». Más adelante, y en un capítulo denominado Nuestras Virtudes, nuevamente estudia la naturaleza (el ser-en-sí) de la mujer: «Lo que en la mujer infunde respeto y, con bastante frecuencia temor es su **naturaleza**, la cual es más «natural» que la del hombre, su elasticidad genuina y astuta, como de animal de presa, su garra de tigre bajo el guante, su ingenuidad en el egoísmo, su ineducabilidad y su interno salvajismo, el carácter inaprensible, amplio, errabundo de sus apetitos y virtudes... lo que, pese a todo el miedo hace tener compasión de ese peligroso y bello gato que es la «mujer» es el hecho de que aparezca más doliente, más vulnerable, más necesitada de amor y más condenada al desengaño que ningún otro animal. Miedo y compasión: con estos sentimientos se ha enfrentado hasta ahora el varón a la mujer siempre con un pie ya en la tragedia, la cual desgarrará en la medida que embelesa. ¿Cómo? ¿Aparece lentamente en el horizonte la aburridificación de la mujer? ¡Oh, Europa!...» (6).

Es curioso comprobar cómo la evolución misógina de Nietzsche le lleva progresivamente a cotas más y más radicales —cercañas, a veces, a lo infantil—. La propia idiosincrasia del filósofo se ve continuamente desbordada por el mundo femenino que, cada vez con mayor intensidad le robará horas de sueño y escritura. En el verano de 1888 escribirá «El crepúsculo de los ídolos, o cómo se filosofa a martillazos». Ese sería uno de los períodos más fecundos de su vida. En él terminará la concepción definitiva de «Ecce Homo» y «El Anticristo».

La sombra del rechazo hacia el sexo opuesto en dicha obra también flota a través de sus páginas. No obstante, la exposición de sus ideas se simplifica de manera prodigiosa, pro-

(6) «Más allá del Bien y del Mal».

blemente agudizada por la enfermedad: «La mujer perfecta incurre en la literatura de la misma manera que incurre en un pecado pequeño: por probar, de pasada, mirando alrededor por si alguien lo nota y **para que** alguien lo note... Cuando la mujer tiene virtudes masculinas es para salir corriendo; y cuando no tiene virtudes masculinas es ella misma la que sale corriendo... Se considera profunda a la mujer —¿por qué?— porque en ella jamás se llega al fondo. La mujer no es ni siquiera su-



Manuscrito del poema de Nietzsche «Al Dios desconocido», otoño de 1864.

perficial...» (7). Más adelante acabará por redondear su sentencia: «En el alemán, de un modo semejante a lo que ocurre a la mujer no se llega nunca al fondo; no lo tiene: eso es todo. Pero no por ello se es ya superficial» (8).

Pertenecen también al «Crepúsculo de los ídolos» los más feroces martillazos de Nietzsche hacia las mujeres de fama literaria como George Sand o George Eliot, a la que llamaba mujercilla moral inglesa: «George Sand. He leído las primeras «Lettres d'un voyageur (Car-

(7) «El Crepúsculo de los ídolos». F. Nietzsche.

(8) «Ecce Homo». F. Nietzsche.

tas de un viajero)»: como todo lo que desciende de Rousseau, falsas, afectadas, un fuelle, exageradas. Yo no soporto ese multicolor estilo de papel pintado; tampoco la ambición plebeya de tener sentimientos generosos. Lo peor, ciertamente, continúa siendo la coquetería femenina expresada con unos modales masculinos, con unos modales de jóvenes ineducados. ¡Qué fría tiene que haber sido, con todo, esa artista insoportable! Se daba cuerda como un reloj, y escribía... ¡Fría como Hugo, como Balzac, como todos los románticos en cuanto se ponían a hacer poesía! ¡Y qué complacida de sí misma habrá estado tumbada al hacerlo, esa fecunda vaca de escribir, que tenía en sí algo alemán en el mal sentido de la palabra, lo mismo que también Rousseau, su maestro, y que, en todo caso, sólo fue posible al decaer el gusto francés! Pero Renan la venera...».

LOU SALOME O EL FINAL DE UN SEDUCTOR

El gran amor de Nietzsche, sin embargo, será Lou Salomé, y también su mayor fracaso. Lou fue una de las mujeres más atractivas, solicitadas y admiradas de su tiempo. Poseía una gran inteligencia que pronto comenzó a poner al servicio de la psicología. Lou (Lolja) von Salomé nació en San Petersburgo en 1861, hija de un general del estado Mayor zarista, de ascendencia semita (con remotos ascendientes hugonotes y próximos germanos), hija única después de seis varones. Educada en la más estricta piedad protestante, perdido, sin embargo, precozmente la fe y su negativa a confirmarse a los 14 años —desafiando tradiciones y amenazas familiares y sociales— fue la primera muestra de una independencia y una entereza de carácter que no la abandonarían jamás. Enamorada del pastor holandés Hendrick Guillot desde los 15 años, optó por dejarlo definitivamente cuando éste se divorció de su mujer para casarse con Lou.

Luego de una estancia con su madre en Suiza, donde había ido para hacer unos cursos de Teología, se trasladó a Roma donde conocería al filósofo nihilista Paul Rée. Fue en abril de 1888 cuando Lou conocería a Nietzsche, también en Roma, durante una recepción en casa de Mme. Von Meysenburg. Ambos se enamorarán perdidamente de ella, lo que acabó poniendo en peligro su amistad. Lou se sintió atraída por ambos hombres a un tiempo, y con 19 años, había superado todos los traumas burgueses respecto al amor y la sexualidad. Fascinada por la personalidad intelectual de Nietzsche le hizo concebir esperanzas que luego, por fidelidad a sí misma y a su amor

insobornable a la libertad, tuvo que defraudarle. Por dos veces Friedrich intentó desposar a Lou, y dos veces fue duramente rechazado; es más, esta le haría notar que le interesaba tanto como pensador cuanto le repugnaba como hombre. Nietzsche, para Lou, era además del buen amigo con talento, un «caso» interesante y de estudio.

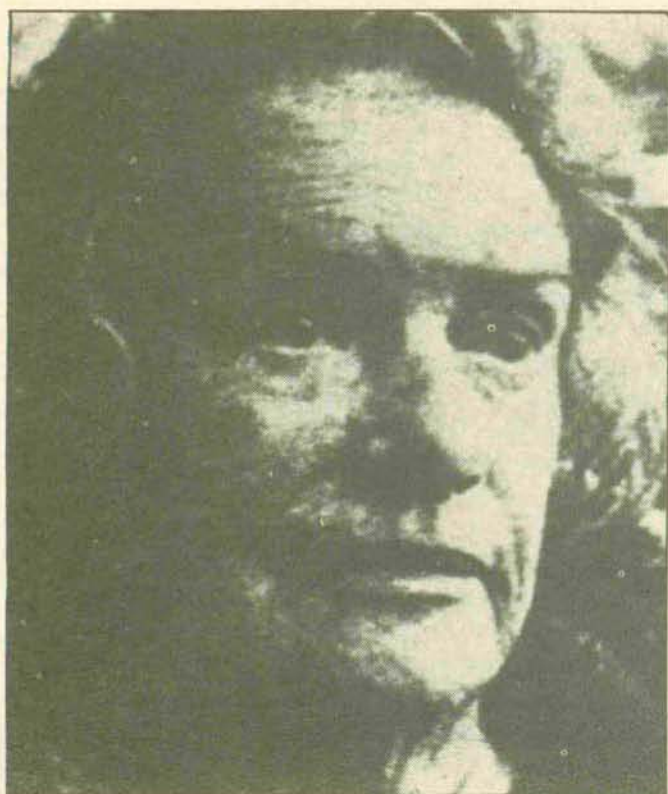
Posteriormente Lou y Paul Rée vivieron juntos, desafiando todos los convencionalismos, en un apartamento de Viena durante cinco años. Más tarde, Rée, ante las negativas de Salomé respecto al matrimonio, desesperado, decidió hacerse médico y alejarse de ella para entregarse, con una devoción sin límites, a los enfermos. Lou —de quien se escribió que «cuando se enamora de un hombre, nueve meses más tarde ese hombre da a luz un libro»— seguiría cosechando triunfos por toda Europa y también causando estragos entre sus admiradores: el sociólogo Ferdinand Tönnies, el filósofo Ebbinghaus, el dramaturgo Gerhard Hauptmann, el político Geog Ledebour o el escritor Wedekind (9).

También, esta increíble mujer, que escribió una veintena de libros así como novelas, cuentos, teatro, artículos y ensayos, mantendría un largo y extraño romance con el poeta Rainer María Rilke, a quien había conocido en mayo de 1897 en Munich y a quien quiso de forma platónica hasta el momento de la muerte de éste en la clínica suiza de Val-Mont sur Terret.

Nietzsche, absolutamente vencido por la avasalladora personalidad de Lou Salomé —en quien había encontrado su ideal de mujer— recibiría un golpe definitivo cuando, casi al mismo tiempo, su hermana Elisabeth le comunica que se ha casado con Förster, una especie de siniestro plantador negrero, afincado en Paraguay, al que Nietzsche detesta por su declarado racismo. Por otra parte, recibe noticias de que Lou von Salomé se ha casado con el extraño filólogo de origen germano-malasio-persa, Friedrich Carl-Andreas, que, al fin, logra desposarla no sin antes, en la víspera de su enlace matrimonial y ante las negativas de Lou por consumarlo, haberse hundido un cuchillo en el vientre. Aunque salvó milagrosamente su vida y Lou acabó apellidándose Andreas-Salomé, no hicieron prácticamente vida conyugal. En este sentido es célebre una frase de Lou, «el amor compartido muere de saciedad; el no compartido, de inanición».

La vida de Lou Andreas-Salomé se acercó luego de forma segura y contundente a los

(9) «Mi hermana, mi esposa» (biografía de Lou Salomé). M. F. Peters.



Lou Andreas-Salomé en 1934. Falleció en Göttingen, tres años después, casi ciega y minada por una enfermedad incurable, pero con el mismo espíritu que animó toda su vida.

círculos intelectuales más progresistas de Europa. Ella tenía 51 años cuando comenzó su famosa correspondencia con Freud, que contaba 56. Ambos la comenzaron a fines de septiembre de 1912 y duraría hasta la muerte de Salomé acaecida el 5 de febrero de 1937, cuando contaba con 76 años de edad. Dicha correspondencia la desarrollaron desde sus casas de Loufried, en Göttingen, y Berggasse en Viena respectivamente, soliendo hablar con cierta frecuencia del carácter apasionado y caótico de Nietzsche, al que Lou jamás llegaría a saber el daño que le hizo. Daño sólo en un sentido, puesto que en otro ocurriría todo lo contrario. Tras el fracaso con Lou Salomé, Nietzsche, en un intento desesperado de reafirmación de la identidad, escribiría «Así habló Zarathustra», una de las obras cumbres del pensador, si no la que supuso su cénit literario e ideológico (10).

De ahí hasta el final de sus días la vida de Nietzsche se vería abocada a la más absoluta soledad. Progresivamente le sobrevienen síntomas de una especial —y muy suya— locura. Comunica sus últimas disposiciones a modo de testamento, convocando en Roma un congreso de Casas reinantes europeas con la exclusión de los Hohenzollern; luego escribirá a

(10) «Freud-Andreas Salomé». Correspondencia.

«También el concubinato ha sido corrompido: por el matrimonio» escribió Nietzsche en «Más allá del Bien y del Mal». (Escena de la película «MAS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL», de Lilliana Cavani).

su querido hijo el Rey Humberto de Italia y a su no menos querido hijo Mariani, Cardenal Secretario de Estado del Vaticano; más tarde decide «fusilar al emperador alemán y a todos los antisemitas»; se apresta a ocupar el puesto vacante del antiguo Dios, tras su reciente muerte. El lo ha ejecutado y él ocupará su lugar. Es esta la renombrada y famosa época de Turín en que, en un café que frecuentaba, entablilla la pata rota de un perro vagabundo, vendéndola con su pañuelo. Se abraza llorando desconsoladamente al cuello de un viejo caballo de tiro, incapaz de seguir arrastrando su carga a pesar de los fuertes latigazos del cochero. Tras golpear furiosamente al aterrado cochero, se funde en un largo abrazo con el caballo, para incredulidad de los ojos de los transeúntes. Es el Nietzsche desbordado por su misma tragedia del hombre solo.

¿MUJERES?... NO OLVIDES EL LATIGO... LA LOCURA

Constantemente piensa en Lou y aún se atreve a escribir párrafos como el de Zarathustra, en que el puro sentimiento antifemenino pasa a convertirse en demencia irreversible: «Todo en la mujer es un enigma y todo en la mujer



tiene una única solución: se llama embarazo. El hombre es para la mujer su medio; la finalidad es siempre el hijo. ¿Pero qué es la mujer para el hombre? Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer como el más peligroso de los juguetes. El hombre debe ser educado para la guerra y la mujer para recreo del guerrero, todo lo demás es tontería... «¡Dime, mujer, tu pequeña verdad!», dije yo. Y así habló la viejecilla: ¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!...».

Son los últimos signos de violencia de quien odia tanto a las mujeres como las adora. Por encima de ambas cosas una cuestión es bien cierta: le obsesionan. Es de destacar que el misoginismo radical de Nietzsche tiene unas fuentes muy claras y concretas en el pensador alemán Arthur Schopenhauer, famoso por su expresión acerca de la mujer: «animal con ideas cortas y cabellos largos». El desprecio de Nietzsche por lo femenino —a diferencia del de Schopenhauer, de más honda estructura metafísica, o el de Soren Kierkegaard, agudizado por sus grandes defectos físicos— vienen dado en base a una profunda incapacidad de amar y ser amado al mismo tiempo, de supe-



Friedrich Nietzsche: La tragedia de un hombre solo.

rar la soledad y la tristeza producidas por su trabajo con las mujeres, tan cobarde como trágico.

De cualquier forma, el peor desprecio, el más injusto vacío que a las mujeres se les ha hecho en el campo de la Filosofía, lo mismo que en el de la cultura en general, ha sido, precisamente, el ignorarlas. Así, es frecuente ver que en las grandes obras del pensamiento moderno la cuestión de la condición femenina, esa marginación humana y clasista que nadie racionalmente puede negar, era repetidamente obviada o pospuesta para mejor ocasión. Con Nietzsche, por circunstancias especiales en un sentido negativo, se revitalizaría el tema logrando al menos que éste no se adormeciera entre las sombras de lo marginal.

El filósofo alemán será cuidado en la última fase de su cruel enfermedad por su madre, que se lo había llevado a su casa de Naumburgo. Es en esta ciudad donde, en 1897, morirá su madre, siendo Friedrich recogido por su hermana Elisabeth, llegada del Paraguay por tal motivo. Es de nuevo la fiel y posesiva Elisabeth la que lo llevará a Weimar, a la villa «Silberbrick». El 25 de agosto de 1900 moría de una apoplejía Friedrich Wilhelm Nietzsche, en los brazos de su hermana.

De su furibundo misoginismo quizás logren sacarse con el tiempo patéticas conclusiones. Lo cierto es que aquel enigmático y visionario estuvo, en vida, mucho más allá del bien y del mal. Incluso más allá de cualquier juicio humano. ■ J. G. S.

